

las sublimidades del Salmista, el místico aroma del divino texto, é intentaba descubrir en el fondo de las imágenes apocalípticas algún pasaje, algún rayo de luz que le revelara el futuro rescate de los Santos Lugares, para atraer el ánimo de los Reyes Católicos á esa gloriosa empresa.

En el intervalo de sus meditaciones, entusiasmado á veces por la poesía de Israel y los magníficos himnos de la Iglesia romana, intentaba también trasladar en verso las emociones de su piedad. Poeta por el sentimiento, lo era también por la expresión, hasta en el lenguaje de su patria adoptiva.

Desgraciadamente se han perdido las composiciones poéticas cristianas de Cristóbal Colon. Los pocos vestigios que de ellas quedan se encuentran dispersas al acaso en el bosquejo de su trabajo acerca de las profecías (1). Su poesía es grave y solemne como el genio cristiano. Siéntese en ella el desencanto del mundo, la profundidad de la fe, la lógica de las cosas divinas. Su composición más larga tiene por asunto «Las Postrimerias del hombre.» En sus estrofas, cada una de las cuales comienza por una palabra latina, desarrolló Colon esta máxima católica: «*Memorare novissima tua, et non peccabis in æternum.*» Estas seis estrofas están impregnadas de la grandeza é inflexibilidad de nuestros dogmas. Encuéntrase en ellas aquellas impresiones profundas, aquella ardiente sed del paraíso, aquel horror del pecado, que son tan naturales á las almas santas. Si Colon se mostraba poeta en una lengua que no fué la suya sino hasta muy tarde y que sólo empezó á hablar, y aún con dificultad, á los cuarenta y nueve años, ¿cuántas armonías no nos hubiera revelado en el idioma de Dante Alighieri y de Torcuato Tasso, en aquella dulce habla de su infancia?

Parécenos digno de observación el hecho de haber sobrevenido á Colon la inspiración poética sólo en su infortunio y vejez. Grandes genios y grandes santos compusieron también poesías en sus postreros años. La juventud se aficiona al ritmo; la vejez vuelve á él como á un alivio y á un consuelo. Pero ese retorno á la poesía como á la música, parece la recompensa exclusiva de los que han encanecido practicando la virtud. Para no citar aquí más que un ejemplo, recordemos que el gran Bossuet se complacía, poco antes de su muerte, en traducir en versos franceses los salmos de David. Esos dos hombres sublimes experimentaban á dos siglos de distancia la misma necesidad y buscaban igual alivio á unas mismas penas.

Puesto en relaciones Colon, por espacio de unos siete meses, con algunos sabios religiosos de los más versados en las sagradas letras, compulsó la Sagrada Escritura

(1) Por desgracia, la paráfrasis del *Memorare novissima tua*, el comienzo de una oda acerca del nacimiento de San Juan Bautista intitulada: «Gozos del nacimiento de S. Juan Bautista,» después una estancia cuyo asunto es del deber cristiano, y algunos versos esparcidos acá y acullá en las páginas del LIBRO DE LAS PROFECIAS, componen únicamente lo que nos ha llegado de las poesías de Cristóbal Colon.

y los autores eclesiásticos, á fin de reunir los diversos textos, é indicar las interpretaciones que se adaptaban á los acontecimientos que él había realizado, así como los pasajes aplicables al Sepulcro del Salvador. Finalmente, pareciéndole completo su trabajo, en 13 de setiembre de 1501, envió copia de él á un docto teólogo de Sevilla, el padre Gaspar Gorricio, del convento de la Cartuja de las Grutas, para que lo examinara y lo enriqueciera en caso necesario.

Ese precioso manuscrito, destinado á los Reyes Católicos, se ha perdido. Su borrador formaba un tomo en foleo, de ochenta y cuatro páginas, con este título: «Colección de las profecías sobre la recuperación de Jerusalem y el descubrimiento de las Indias.» Humboldt no ha temido titular ese trabajo «el plan de la obra extravagante de las profecías.» Y hasta la ha llamado desdeñosamente «sus profecías paganas y bíblicas (1).» La celebridad de su nombre ha hecho aceptar ese juicio que tiende á rebajar á Colon en el ánimo de los lectores eruditos. Á nosotros nos es imposible conformarnos con esta sentencia dictada sin justicia y sin exámen de documentos. Primeramente debemos consignar dos hechos: Humboldt reconoce que «la obra extravagante» no es más que un *plan*, y afirma que varios religiosos ayudaron á Colon en ese trabajo.

Efectivamente, el fragmento impreso «de la obra extravagante» que ha hojeado Humboldt no es más que un *plan*, una especie de borrador escrito de mano ajena en gran parte. Es el bosquejo informe de la idea del Almirante, pero sin coordinación. Los pasajes recogidos, las autoridades diversamente clasificadas, no están unidas por el raciocinio y ofrecen una simple preparación de materiales. ¿Es lícito juzgar racionalmente de una obra, por unos fragmentos de plan, de borrador abreviado, truncado y mutilado? Los doctos religiosos que ayudaron á Colon en su trabajo, no la juzgaban una «obra extravagante.» El sabio teólogo de los Cartujos de Sevilla había tenido en su poder aquel libro completo, es decir acabado y entero, como que comprendía las catorce páginas que, desde entónces acá, una mano criminal arrancó del único ejemplar que nos ha quedado. Muñoz y Navarrete están acordes en decir que aquellas catorce páginas formarían quizás la parte más importante de aquel trabajo (2). El padre Gaspar Gorricio había concebido del libro una opinión muy diferente de la de Humboldt, por haber poseído íntegro el manuscrito.

El sabio cartujo dirigió sobre este asunto varias cartas al gran Almirante. Luégo que hubo recibido y leído su manuscrito, le escribió que daría cumplimiento á sus deseos con tanto mayor motivo, cuanto esperaba aprovechar con el libro y

(1) Humboldt, *Exámen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, tom. I, pág. 102.

(2) «Pero le faltan catorce hojas que han cortado, y es factible fuese lo mejor de la obra.» — Nota á la colección del manuscrito truncado puesta por el historiador real en Sevilla, el 14 de marzo de 1784.

despertar su inteligencia con una ocupacion tan saludable, consoladora, instructiva y de tanto aliciente para el servicio de Nuestro Señor Dios (1), tan provechosa para el bien como para la honra de España y de toda la cristiandad. Despues de haber examinado formalmente la obra, confesaba que no podía añadirle sino muy poca cosa, porque Colon había recogido ya la flor de las autoridades, sentencias, frases y profecias en las Sagradas Escrituras y los glosadores. Opinaba que no le quedaba ya más que espigar pobremente; con todo, se había dedicado á su tarea con unción, edificacion y consuelo interior. Elevándose el padre Gaspar Gorricio hasta las generosas miras de Colon, pedia á Dios que le iluminara en sus investigaciones, á fin de que pudiera corresponder «á los santos deseos (2)» de Su Señoría el Virey de las Indias.

Como el trabajo de Colon acerca de las profecias tenía por solo objeto el rescate de los Santos Lugares, no insistía el Almirante en las ventajas de aquella conquista. Los dos Reyes conocían su proyecto, de que les había hablado ántes de su primera expedicion, había vuelto á hablarles de él al regreso de su segundo viaje, y por tercera vez había insistido sobre lo mismo ántes de ir al descubrimiento del nuevo Continente, y por consiguiente no aducía ninguno de los motivos que engrandecían aquel proyecto. Como se fundaba solamente en la autoridad de los Libros Santos para acreditar el objeto exclusivamente religioso de la expedicion propuesta, sentaba primeramente, como introduccion á su escrito, ciertos principios de buena interpretacion de las Escrituras, sacadas de San Agustín, Santo Tomas, San Isidoro y Gerson. Entrando despues en materia, recordaba la manera maravillosa como él fué escogido para realizar varias predicciones de los profetas, especialmente las de Isaías relativas á las naciones de los confines del Globo.

A pesar del número de sus enemigos que acechaban todas las ocasiones de perderle, de la vigilancia de la Inquisicion, tan ardiente entónces para reprimir la menor idea dudosa respecto á la ortodoxia católica, Colon escribió ingénuamente que la Santísima Trinidad le inspiró la primera idea de su empresa; que el Redentor, esto es, el Verbo hecho carne, fué quien le indicó su derrotero; que Nuestro Señor se había mostrado propicio á su deseo, le había concedido el espíritu de inteligencia; que Nuestro Señor le abrió despues la inteligencia de una manera casi palpable, y le dió la fuerza de ejecucion necesaria (3). Confiesa que en su

(1) «Esperando de mi enseñar y despertar mi entendimiento en cosa tan salutifera, consolatoria admonitoria y provocativa al servicio de Nuestro Señor Dios, y al pro é honra destos Nuestros Reyes é de toda la religion Cristiana.»—*Respuesta del P. D. Frey Gaspar Gorricio*.—Coleccion diplomática. *Docum.*, núm. cxi.

(2) «Rogando á Nuestro Señor que cumpla *quod locutus est per os Prophetarum*, y plega á su infinita clemencia de lo así hacer, y llenar los santos deseos de V. S.»—*Respuesta del P. D. Frey Gaspar Gorricio*.

(3) «Ansi que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable... Y me abrió la voluntad para la ejecucion dello.»—*Carta del Almirante al Rey y á la Reina*.—Libro de las Profecias, fól. iv.

descubrimiento le prestaron muy débil apoyo las ciencias, las matemáticas; y que la idea y la resolucion que aseguró el buen éxito, le habían venido solamente de Dios.

De seguro que si se desprende uno de toda prevencion, no se hallarán en el trabajo acerca de las profecias, ni exageraciones, ni «extravagancias.» Por lo que á nosotros toca, hemos admirado en él la erudicion y la grandeza unidas á la claridad de raciocinio. En cuanto á la realizacion de las profecias, Colon consignaba un hecho declarado ya seis años ántes por el noble lapidario de Búrgos, don Jaime Ferrer, y reconocido desde entónces por filósofos cristianos, teólogos, obispos, príncipes de la Iglesia de mérito eminente.

Esforzándose el siervo de Dios en penetrar todos los secretos de este globo y midiendo el celo de los hombres segun el suyo, esperaba, ahora que él había aproximado las regiones lejanas, que el nombre del Salvador sería llevado rápidamente por toda la Tierra. Llevado del ardor de su fe, deducía atrevidamente de ese resultado evangélico la consecuencia de que todas las naciones se convertirían al Cristo; que de este modo regidos todos los pueblos por la misma ley y el mismo pastor, estaría próximo el fin del mundo. Ese espíritu investigador, despues de haber ensanchado el espacio, intentaba conquistar la nocion del tiempo futuro, y señalar la época en que terminaría la vida de este globo. Apoyándose en la opinion de San Agustín, admitida por varios teólogos, y en particular por el cardenal Pedro de Ailly, de que el mundo debía terminar en el séptimo millar de años á contar de la creacion del hombre, había contado, segun los cálculos del rey Alfonso, que la duracion de este globo no debía ser ya sino de ciento cincuenta y cinco años. Por consiguiente, los acontecimientos iban á precipitarse. La generacion siguiente podía ver los primeros signos precursores.

El sacerdote Joaquin de Calabria, reputado por profeta y santo, mientras vivía, y celebrado por Dante, San Vicente Ferrer y San Bernardino de Sena, el primero en sus escritos y los dos últimos en algunos de sus sermones, presentaban tambien como próximo el fin del mundo. Pedro el Venerable, abad de Cluny, había hecho igualmente cálculos de probabilidad acerca de aquella época. El bienaventurado Telesforo, ermitaño, no había temido tampoco señalar el momento del fin del mundo, á la par que decía que Dios podía disponerlo de distinta manera. Tambien se ocupó en esta cuestion el sabio astrónomo cardenal Nicolás de Cuza. Penetrado Colon de las ideas del sabio cardenal Pedro de Ailly acerca de la extincion del mahometismo y la venida del Anticristo, intentaba á su vez, asentar sobre cálculos probables la fijacion de la última hora de este globo; pero no se extiende acerca de estas probabilidades, ni hace de esa posibilidad el punto fundamental de su raciocinio.

La base de su demostracion consiste en el cumplimiento de las profecias y la

infalibilidad de la palabra de Dios. «Nuestro Señor dijo que ántes de la consumación de este mundo se habrá de cumplir todo lo que está escrito (1),» de ahí, por una serie de raciocinios, que no podemos apreciar por la mutilación antedicha, infiere la necesidad de rescatar muy pronto el Santo Sepulcro, no á fin de asegurar á la España un provecho político, sino hacer de él un don á la Iglesia católica.

Lo que ambicionaba Cristóbal Colon era reunir Jerusalem á Roma, rescatando del yugo de los infieles la tierra de los milagros; entregar el Sepulcro del Salvador al sucesor del Príncipe de los apóstoles. De esta manera la Palestina habría pertenecido á la Santa Sede, por el lazo natural que une á la antigua Jerusalem la Jerusalem nueva, como la Antigua Ley al Nuevo Testamento. Habríanse añadido los Santos Lugares al dominio de San Pedro, como herencia de su derecho de Primogenitura Apostólica. La cuestión de los Santos Lugares, ese nudo gordiano de los intereses religiosos del porvenir, se habría resuelto por el oro del Nuevo Mundo, ó lo habría cortado la espada de su revelador, y no habría podido servir actualmente de pretexto á la ambición de los cismáticos griegos y rusos que se atreven á suponerse la Iglesia ortodoxa. No se habrían visto naciones separadas de la Comunion Romana, gobiernos protestantes y panteístas disputándose descaradamente, como una parte de la herencia paterna, unos privilegios que, por los derechos de la antigua posesión, del martirio, de la caballería, pertenecen á la sola Iglesia católica, apostólica, romana, y después de ella á la Francia, su Hija primogénita.

Cristóbal Colon calculó que con el producto de sus derechos del diezmo y del octavo podría acometer aquella empresa. Combinaba su presupuesto de modo que en dos veces podría levantar un ejército de cien mil hombres de infantería y diez mil de caballería (2). En el momento que el Héroe cristiano se entregaba á ese piadoso cálculo, no cobraba de sus rentas ni siquiera una pequeña cantidad con que comprarse una capa. Los dos mil ducados que la reina le había hecho entregar en Cádiz, se habían empleado tanto para su casa como para la del Adelantado. Érale preciso sostener en Córdoba la modesta casa de su esposa doña Beatriz Enriquez, y además á su hermano don Diego, que se inclinaba á separarse enteramente del mundo. En su doble calidad de Virey de las Indias y Gran Almirante del Océano, estaba obligado á sostener un gran tren, y debía mantener cierto número de empleados y criados. Después de más de un año de estancia en España, estaban agotados sus recursos.

(1) «Nuestro Redentor dijo que ántes de la consumación deste mundo se habrá de cumplir todo lo que estaba escrito por los profetas.»—Libro de las Profecías, fól. iv. *Carta del Almirante al Rey y á la Reina.*

(2) «Que donde á siete años yo le pagaría cincuenta mil de pié y cinco mil de caballo en la conquista della, y donde á cinco años otros cincuenta mil de pié y otros cinco mil de caballo, que serían diez mil de caballo é cien mil de pié para esto.»—*Carta del Almirante Colon á Su Santidad.*

Con todo, cuando se acuerda uno de los severos principios de orden y economía doméstica de que dió siempre pruebas el Almirante, no se concibe que se encontrara de aquel modo tan enteramente escaso de medios, ni aún teniendo en consideración sus gastos excepcionales. Para nosotros es indudable que su celo á favor de los hospitales, su amor á los pobres, los amigos de Dios, contribuyeron particularmente á su repentina escasez. Según todas las apariencias, contando por sus rentas vencidas ya entónces, que debían importar más de ocho mil ducados, satisfizo su gratitud y piedad devolviendo á la familia franciscana de Granada, lo que en otro tiempo había recibido de ella en la Rábida.

Pero como aquel año no pudo cobrar las cantidades que se le debían en la Española, y como hasta el día 2 de agosto del año 1502 no se le hizo el primer envío de cuatro mil ducados, se encontraba sin recursos. Él, que había dado á la Corona tierras cien veces más grandes que Castilla, no poseía un rincón de tierra, un jardín donde pasearse, ni un techo en que albergarse. Estaba reducido á vivir en una posada, y no tenía á menudo para pagar el gasto. No solamente le faltaba á veces para «pagar el escote (1),» sino que, y era lo más penoso para su caridad, ni tenía siquiera una moneda para dar en la oferta cuando estaba en la iglesia (2). Esto era lo que él sentía más, y únicamente en esas ocasiones se queja de su miseria. Sólo le hace sentir su pobreza el no tener nada para poder ofrecerlo á la Iglesia y á los pobres. No habla Colon de esa penuria que tiende á disminuir el esplendor de su categoría y rebajar la dignidad de sus títulos. La pobreza no es sensible para él sino porque perjudica á los pobres á quienes no puede socorrer.

El descrédito de la Colonia imposibilitaba al Almirante de cobrar ó obtener préstamos ó adelantos. Su penuria, su falta de crédito pecuniario y de influencia en la Corte, notorias ya en Castilla, se traslucieron hasta en el extranjero. Una carta del secretario de la embajada veneciana en España, en la que Angelo Trivigiano se envanece de haber llegado á ser «el gran amigo» de Colon, manifiesta al mismo tiempo su penuria, su descrédito y su inagotable bondad. En medio de sus tribulaciones, de sus secretos disgustos, el Virey de las Indias mandaba dibujar por pilotos de Palos, para regalarlo á Domingo Malipiero, un mapa de grandes dimensiones, que representaba todas las tierras descubiertas en las Indias (3).

El anciano marino se veía abandonado de los grandes, que toman por norte de sus relaciones el favor de la Corte. Nadie turbaba la soledad del caído Virey,

(1) «Y las mas de las veces falta para pagar el escote.»—Cristóbal Colon, *Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503.*

(2) «No tengo solamente una blanca para el oferta.»—*Ibidem.*

(3) «Carta de Angelo Trivigiano del 21 agosto de 1501.»—Morelli, *Lettera rarissima*, pág. 44.

excepcion hecha de los franciscanos (1), y de algunos sabios extranjeros. Entónces comprendió que el que se consagra á todos no obtiene ninguna gratitud individual: que el que ha servido á todo el mundo, parece no haber servido á nadie, y que nadie le trata como si hubiese aprovechado á álguien. Acordábase entónces del refran: «Quien sirve al comun, sirve á ningun (2).» Aliviado del peso de la administracion, se elevaba más libremente hacia Dios. Un sublime fervor elevaba frecuentemente su alma á las inexcrutables alturas de la conversacion celestial. En su forzosa ociosidad encontraba consoladoras compensaciones. La ingratitude del rey, la injusticia de la opinion pública, sólo servían para desprender de cada vez más á Colon de los intereses temporales, y le llevaban, como al apóstol de las naciones, el afortunado admirador de lo invisible, San Pablo, á vivir en el Cristo solo, y á no querer poseer ninguna otra ciencia fuera de Jesús muerto en la cruz.

(1) Humboldt reconoce que Colon vivía en Granada en compañía de los Franciscanos. — *Exámen crítico de la Historia de la geografia del Nuevo Continente*, tom. III, § 2, pág. 258.

(2) «Chi serve al comune, non serve a nessuno.»

## CAPÍTULO IX.

VERDADEROS MOTIVOS DE COLON PARA EMPRENDER SU CUARTO VIAJE.—ÁNTES DE SU PARTIDA DE GRANADA, MOSTRABA Á LA REINA, EN EL MAPA, NO ACABADO AÚN, DEL GLOBO, EL SITIO DONDE DEBÍA HALLARSE UN PASO PARA ENTRAR EN EL GRANDE OCÉANO.—DON BARTOLOMÉ SE NIEGA EN UN PRINCIPIO Á ACOMPAÑAR AL ALMIRANTE, PERO SE DECIDE DESPUES Á HACERLO POR ABNEGACION FRATERNAL.—COLON ESCRIBE AL PADRE SANTO, Y LE HABLA DE SU PROYECTO DE RESCATAR EL SANTO SEPULCRO DE LA ESCLAVITUD MUSULMANA.—DESCONFÍA EL ALMIRANTE DEL REY DON FERNANDO.—SUS PRECAUCIONES CONTRA LA PERFDIA DE LA CORTE.—ARDOR CATÓLICO DE CRISTÓBAL COLON.

### § I.

Léjos de pensar Colon en descansar finalmente de sus fatigas en el mar y de sus luchas contra la perversidad de los hombres, durante el gobierno interino de Ovando, impaciente por un reposo que ningun proveho producía al Catolicismo, propuso á la reina continuar sin demora sus descubrimientos.

Juzgando los historiadores modernos por los intereses humanos el móvil de ese cristiano ejemplar, atribuyeron su proposicion al temor de que le aventajaran sus rivales, los grandes marinos de España y Portugal, que se habian lanzado en pos de sus huellas, y ya habian hecho célebres sus nombres. Solamente por la envidia y la emulación de gloria marítima explican ellos el celo cuyo ardor le empujaba, á despecho de la edad y las enfermedades contraídas en el mar, á explorar la inmensidad del espacio terrestre que todavía continuaba ignorada.

Esto es, empero, un error completo, una interpretacion directamente contraria á la realidad; y no obstante es consecuencia natural de las prevenciones en que se obstinan aquellos escritores acerca de ese hombre grande por su desinterés y su fe. Podemos asegurar que Colon no conservaba ya ninguna ilusion acerca de la Corte, y que ya no esperaba de ella ni favores ni riquezas. Quiso únicamente ponerse otra vez en camino para llevar el estandarte de la cruz á lo restante del globo, y completar de esta manera su obra de descubrimientos. Durante su expe-